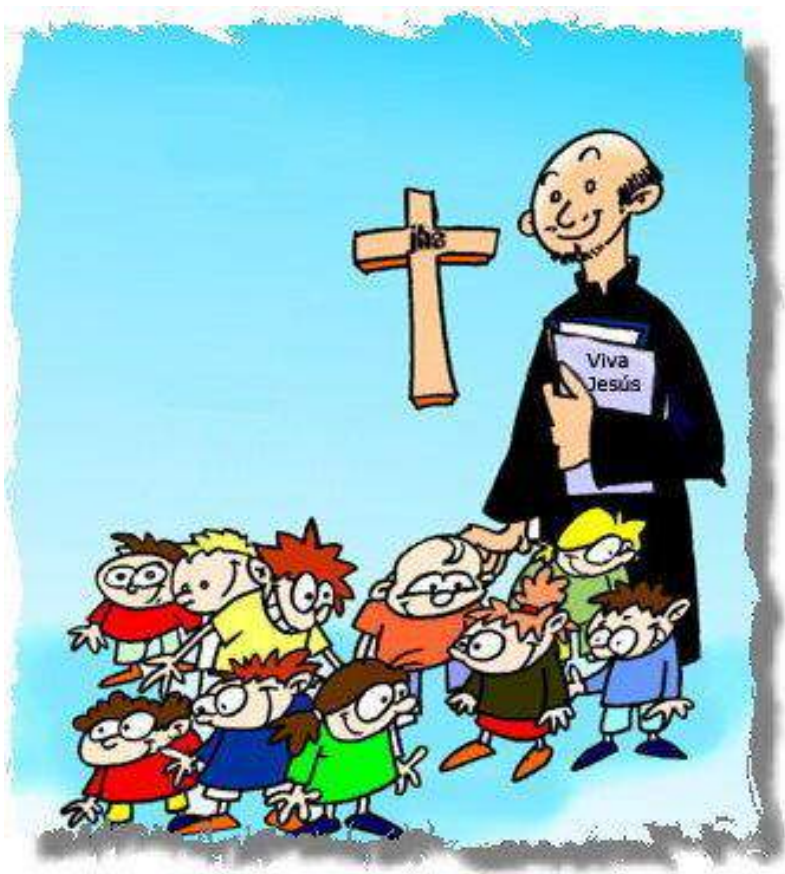


Cuentos Para Educar En la Catequesis



Cuentos Para La Moral

OBJETIVO

Los cuentos son una excelente herramienta para motivar un encuentro de catequesis o reunión de grupo. El guía que acompaña cada cuento brinda ideas y propuestas para el trabajo pastoral.

Cuentos Para Fomentar Los
Valores

Destinatarios

Catequistas, Docentes, Comunidades de base, Grupos juveniles, Grupos de oración.

Utilización

- los cuentos son una excelente herramienta para motivar un encuentro de catequesis o reunión de grupo. La guía que acompaña cada cuento brinda ideas y propuestas para el trabajo pastoral.
- se recomienda, siempre que sea posible, el disponer de una copia del cuento a trabajar para entregar a cada persona, pues la reflexión posterior es más profunda si existe lectura individual del texto.

EL MUNDO... "¿APESTA?"



En cierta ocasión, unos traviesos nietecillos quisieron jugarle la broma de su vida a quien, presa de los años y del cansancio de la vida, solía quedarse dormido en su sillón, junto a la televisión...

Tomaron un poco de ese queso "apestocito" de la bodega, y se lo untaron con mucho cuidado en los bigotes del abuelo.

Al poco tiempo, el venerable anciano, sintiendo el hedor del "ambiente", se puso rápido de pie y comenzó a gritar que "la sala apeataba"... Marchó rumbo a la cocina y allí también apeataba... luego, corrió hasta el patio, y para su desgracia, apeataba... como un loco, salió de la casa, y todo el mundo seguía apestando...

* * * * *

Tal vez la vida no está "tan mal", quizás simplemente tenemos "delante de las narices" la causa de nuestro descontento cotidiano...

Es mi Naturaleza...



Érase una vez, a la orilla de un riachuelo, un pequeño alacrán que esperaba ansioso a un pececillo que le hiciera el favor de cruzarlo al otro extremo del caudal...

Como era de esperarse, ningún pez se atrevía a cargar sobre sus lomos al alacrán. Y es que... ¡Era un alacrán!

Sin embargo, un tímido pececito "se entretuvo de más" platicando con el alacrán... Le decía:

- Anda, pececito, llévame a la otra orilla de este riachuelo.

- No - respondió el pececito - ¡Eres un alacrán! Si te llevo así, como dices, me vas a picar...

El alacrán cambió, entonces, el tono de su voz, y le insistió con mayor "ternura":

- ¡Por favor, pececito! ¿Cómo puedes pensar acaso que yo te picaría? Tú me estarías haciendo un favor, y una bondad así no se puede pagar con un piquetazo de mi aguijón... Además, si yo te picara, tú te ahogarías y yo... simplemente moriría...

- Bueno... tienes razón... ¡Prométeme que no me vas a picar!

- ¡Te lo prometo, pececito! ¡Te lo prometo!

Y el ingenuo pececito dejó que el alacrán se subiera a su espalda...

Mientras iban por la superficie del río, el pececito trataba de "sacarle plática" al alacrán, porque tenía mucho miedo de que fuera a romper su promesa y le picara... por su parte, el alacrán trataba de "contestarle aprisa", porque estaba haciendo un esfuerzo mayúsculo, tratando de contener su cola... ¡Sentía un fortísimo impulso de picar a su bienhechor!

Cuando iban ya casi llegando a la orilla, el alacrán no pudo más, y alzando su cola, descargó un aguijonazo sobre la espalda del pececito...

El pececito sintió aquella descarga venenosa, y muy triste le dijo al alacrán:

- Me mentiste, alacrán... rompiste tu promesa... me picaste... me vas a matar...

Y el alacrán, también muy triste, le confesó:

- ¡Pececito! Discúlpame... es mi naturaleza... soy un alacrán...

* * * * *

¿Cuántas veces hemos caído ingenuamente en propuestas similares?

Decía San Pedro en su primera carta: "El diablo, como un león rugiente, ronda buscando a quien devorar" (Ver 1 Pe 5, 8). No hay de otra, querido lector: "Hay que resistirle, firmes en la fe"...

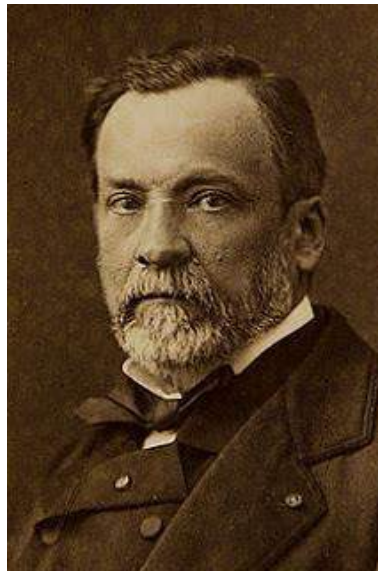
Recordemos las palabras de nuestro Señor:

"Un árbol bueno da frutos buenos... un árbol malo, malos" (Ver Mt 7, 17) Es su "naturaleza".

Finalmente, bien que aplica refrescar aquí el dicho tan conocido que reza: "A quien buen árbol se arrima... buena sombra le cobija..."

¿Por qué arriesgarse a perder la vida en nimiedades? ¿Valdrá la pena enrolarse en un "caso perdido"?

¿Usted cree en eso? (Cuento)



Eran las dos de la tarde... y entre el ruido, el calor, el gentío inquieto, y el vaivén del tren surcando los rieles de la Francia, un joven se percató de un "pasajero especial": Allí, sin compañero de asiento, miró a un anciano que sostenía en su mano izquierda un librito de devociones y "desgranaba" un rosario en la derecha...

El joven, un tanto molesto, se sentó al lado del anciano, y le increpó:

- Señor, ¿Usted cree en eso?

Luego, en tono de "instructor", continuó:

- ¿Qué ganamos con rezarle a Dios, a María, a los santos? No pierda su tiempo, amigo... sólo tenemos esta vida y hay que aprovecharla. No malgaste su existencia leyendo tonterías... Si usted me lo permite, quisiera sugerirle algunos cuantos libros que le ayuden a conocer mejor el mundo y sus leyes. La ciencia, en verdad, es más certera que la fe, y nos conviene usar más la razón que refugiarnos en los "misterios"...

El anciano contestó gentilmente:

- Muchas gracias, jovencito, aquí tiene mi tarjeta. Si usted gusta, puedo recibirle en mi domicilio esos libros de los que me habla... quizás ya habré leído alguno de ellos... ¿Sabe? También soy aficionado a la ciencia...

Aquel joven, al recibir la tarjeta y al leer el nombre del anciano, lleno de vergüenza, le dijo:

- ¡Mil perdones! ¿De verdad es usted Louis Pasteur?

* * * * *

Hemos iniciado un año más, y qué hermoso es hacerlo de la mano de María.

Ojalá que nunca nos olvidemos de nutrir nuestra fe... aún cuando nuestra ciencia esté "satisfecha"...

¿Rosa o Cactus?



En una sociedad ampliamente influenciada por el "confort", el "bienestar" y la "ley del menor esfuerzo", un hombre preguntó a un venerable anciano, después de quejarse mucho de su mujer y de alabar ampliamente a su "querida", si debía quedarse con su esposa o con su amante...

El sabio reflexionó un momento y, en silencio, fue hasta donde su jardín y volvió trayendo en sus manos dos macetas: una contenía una rosa, y la otra un cactus...

El anciano preguntó entonces: "Si yo te ofreciera cualquiera de estas dos macetas, ¿Cuál escogerías?"

El hombre, sonriendo, respondió: "Sin dudar, me quedaría con la rosa".

El sabio, asintiendo, contestó: "A veces, los hombres solemos dejarnos llevar sólo por la belleza externa, por lo superficial, y elegimos lo que más brilla y seduce... pero no es en los placeres donde suele encontrarse al amor. Piensa conmigo: La rosa es, en efecto, una flor muy bella, pero después de extasiarnos unos breves momentos se marchita y muere. El cactus, en cambio, sin importar el tiempo o el clima que haga, seguirá igual... verde y con sus espinas.

Tu mujer, amigo, conoce todos tus defectos, tus debilidades, tus errores... ha soportado tus gritos, tus malos ratos, tus infidelidades... y sigue allí... contigo.

Por otro lado, está tu amante, que sabe de tu dinero, tus lujos y despilfarros, tus espacios de felicidad y tus sonrisas eventuales... y es sólo por eso por lo que está contigo.

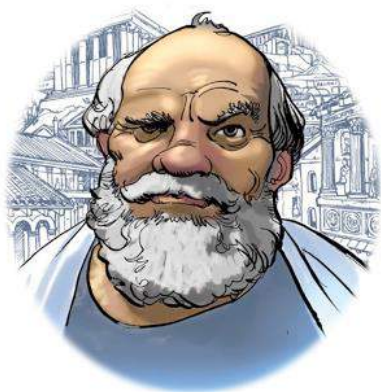
Ahora... dime: ¿Con quién te vas a quedar?"

* * * * *

Los valores de la fidelidad, la honestidad y el compromiso de los esposos de "amarse y respetarse durante toda la vida" siguen vigentes...

Dime tú, querido lector: ¿Cuándo dejaron de tener peso estas virtudes en tu vida?

Consejos prácticos sobre la libertad de expresión



Hoy, traemos a colación los tres hermosos filtros que propuso el filósofo griego Sócrates:

1. La Verdad: ¿Estás absolutamente seguro (a) de que lo que vas a decir es cierto?

(Si no es así, te quedan aún dos oportunidades)

2. La Bondad: ¿Es algo bueno lo que vas a decir?
(Si no lo es, aún puedes pasar al tercer filtro)

3. La Utilidad: Lo que quieres decir, ¿Será útil?

(Y si no es ni cierto ni bueno ni útil eso que quieres decir... ¿Para qué decirlo?)

Como barro en manos del alfarero.

¿Alguna vez has tenido la oportunidad de moldear barro?



Es verdad, sé que muchas personas a esto se dedican y lo ven como "natural", pero para quienes nunca hemos tenido la experiencia, resulta "interesantísimo".

Primero, hay que darse cuenta de que "te vas a ensuciar"... para una persona que cuida mucho su atuendo, o que siempre está evitando que su ropa tenga "manchitas o arrugas", tiene que aceptar que hoy debe hacer una excepción.

Luego, hay que equilibrar perfectamente la cantidad de barro y de agua, de lo contrario, obtendrás una mezcla pegajosa, que se te quedará entre las manos (por exceso de agua), y será imposible de moldear.

Cuando logres obtener la "masa" adecuada, debes intentar "sacar" de tu mente la figura que has pensado... y es válido hacer y rehacer y volver a intentarlo cuantas veces sean necesarias.

Si la figura que has conseguido refleja lo que pensaste, finalmente hay que darle una última "pulida" usando un poco más de agua, de lo contrario, tu obra estará "cargada de grumos" y "rugosa"...

* * * * *

En la Biblia, existe un pasaje hermoso que aborda esta experiencia: El Capítulo 18 del profeta Jeremías.

Dios le pide al profeta que baje a la casa del alfarero. Allí, Jeremías vio cómo se encontraba el artesano delante de su torno moldeando una y otra vez una vasija, hasta que la obra quedó de su agrado.

Entonces, el Señor habló al profeta:

"¿Acaso no puedo hacer con ustedes, pueblo de Israel, igual que hace el alfarero?"

La respuesta es evidente: ¡Por supuesto que puede!

Considerando brevemente el texto, saquemos algunas conclusiones:

1. Dios se "arriesgó" a "ensuciarse un poco" al decidir crear al ser humano. El libro del Génesis relata que el "Todopoderoso", como un artesano, moldeó al hombre del barro, y le insufló en sus narices el aliento de vida (Ver Gn 2).
2. Los dos componentes de esta mezcla (agua y barro), están "perfectamente" equilibradas: Si la tierra pudiera simbolizar lo "áspero", lo "seco", lo "difícil" (problemas,

enfermedades, etc.); el agua bien podría simbolizar "la vida", lo "refrescante", lo "bueno" (salud, bendiciones, etc.). Dios se va encargando de otorgarnos la "justa medida" de ambas realidades.

3. Pero, finalmente, cuando su obra está concluida, el Señor le da una "última pulida" con su Gracia, y a través de su Palabra y de los Sacramentos, nos va quitando asperezas y nos deja "a su gusto".

Dejémonos hacer... las manos de Dios son "expertas moldeando el barro"...

La viña de Noé (Cuento)



El libro del Génesis nos relata (Ver Gn 9, 20), que Noé, el famoso sobreviviente del Diluvio Universal, era agricultor, y que fue él quien plantó la primera viña...

Pues bien, enriqueciendo esta narración, los judíos la han complementado con el siguiente "midrash" ("actualización"), y así enseñan a sus hijos que "beber siempre debe ser con moderación"...

Estaba Noé cuidando de su viña, cuando Satanás, poco satisfecho con aquel hombre justo, con aquel varón que había encontrado gracia ante Dios debido a su vida intachable y "poco común", con astucia se acercó y le dijo:

- *¿Qué haces, buen hombre?*
 - *Estoy cuidando de mi viña - respondió Noé.*
 - *¿Qué es una viña? - Preguntó nuevamente Satanás.*
 - *Es una plantación de uvas. La uva es una fruta muy dulce, y tanto fresca como seca tiene un sabor exquisito... creo que también con ella podré hacer una bebida refrescante...*
 - *¡En hora buena! ¿Me dejarías ayudarte a cuidar de ella? Prometo que, si tú lo autorizas, yo voy a ofrecerte el mejor de los abonos para que esta plantación produzca sólo los más dulces frutos...*
- Noé, confiando ciegamente en Satanás, le permitió que "cuidara de su viña"...*

Fue así como el tentador, maquinando su malévol plan, utilizó la sangre de cuatro animales para abonar la plantación, impregnándola con "la esencia" de aquellas bestias,

y condenando a los consumidores del vino a que no sólo imitasen, sino que se "conviertan" auténticamente en estos cuatro animales: Un cordero, un león, un cerdo y un mono...

Si un bebedor de vino lo toma con moderación, se presenta como un cordero: Tranquilo, y alegre.

Si éste continúa bebiendo, se torna un león: Agresivo, presumido, es capaz de luchar por nada y cree alcanzar la victoria sobre cualquier opositor.

Si, para su desgracia, se sigue emborrachando, el bebedor se torna un cerdo: Ensucia sus ropas y se mezcla con sus desperdicios corporales...

Por último, si el bebedor continúa, llega a ser un mono: Sus acciones son ridículas, sólo provocará risas y cometerá las payasadas que nunca haría en su sano juicio...

Querido lector, cuando vayas a beber, recuerda esta anécdota, y no olvides que el vino "está abonado" con la sangre de estos cuatro animales...

¿Hay vida después de esta vida?



En el vientre de una mujer embarazada, dos pequeños gemelos dialogaban:

- ¿Tú crees en la vida después del nacimiento?
- ¡Por supuesto! Tiene que haber "algo" después del nacimiento. Tal vez estemos aquí sólo porque tenemos que prepararnos para lo que seremos más tarde...
- ¡Tonterías! No existe la vida después del nacimiento... ¿Cómo sería esa vida?
- No lo sé exactamente, pero sin duda será un lugar más luminoso que aquí... tal vez podamos caminar con nuestros pies y comer con nuestra boca...
- ¡Eso es absurdo! ¿Caminar? Imposible. ¿Comer con la boca? Totalmente ridículo. El cordón umbilical es el que nos da de comer. Además, caminar no tiene sentido... ¿Hacia dónde? Este espacio es muy pequeño y el cordón es demasiado corto.
- No lo sé... yo siento que hay "algo" más. Tal vez sea un poco diferente de lo que tenemos aquí.
- ¡De ninguna manera! En el parto termina nuestra vida.
- Quizás podamos ver a mamá al nacer, quizás ella cuidará de nosotros...

- ¿Mamá? ¿Todavía crees en mamá? Mamá no existe, si existiera la podríamos ver... ¿Dónde está?
- ¿Que dónde está? ¡Está en todo a nuestro alrededor! Es gracias a ella que tú y yo vivimos. Ella nos da todo cuanto necesitamos. Sin ella no podríamos existir.
- ¡No lo puedo creer! Nunca he visto a mamá ni tú la has visto tampoco. Es claro que mamá no existe.
- ¿No la sientes? A veces, cuando estamos en silencio, puedo escuchar su voz, sentir sus caricias... Yo creo que después del parto nos espera la vida real. Quizás sólo nos estamos preparando para ella...

* * * * *

Hay personas que creen que esta vida es la única oportunidad que tenemos de existir. El mundo de hoy suele rechazar la existencia de Dios y de la vida después de la muerte porque sencillamente "nadie" lo ha visto ni ha tenido esta experiencia y nos la ha descrito...

Sin embargo, Dios nos rodea y nos sustenta día a día. No lo podemos ver, pero lo podemos sentir...

Tú, ¿crees que haya vida después de esta vida?

¡Yo no soy rico! (cuento)



Un cierto día, un padre de familia quiso darle una lección a su hijo. Hacía bastante tiempo que el pequeño demostraba cierta vanidad y se dejaba llevar fácilmente por la comodidad y los lujos...

Aquel padre, sintió la "responsabilidad" de mostrarle "el mundo de los pobres", para provocar en su hijo más gratitud, así que lo llevó durante toda una jornada a "convivir" con la familia de su jardinero.

La familia vivía al pie de un cerro lejano. Al término de la jornada, y estando ya en su casa, el padre preguntó a su hijo:

- ¿Cómo te fue en tu día, hijo?
- ¡Muy bien, papá!
- ¿Viste lo pobre que puede ser la gente?

- ¡Ay, papá! Sí...

- Y, ¿qué aprendiste hoy?

Aquel padre pensaba escuchar de su hijo una lastimosa "queja"... pero lo que oyó de él lo dejó más que sorprendido:

- Vi que nosotros tenemos un perro... ¡Pero aquella familia tenía cinco! Nosotros tenemos una hermosa piscina a la mitad de nuestro jardín... ¡Pero ellos tienen un arroyo cristalino e inmenso! Nosotros tenemos lámparas importadas que alumbran nuestro patio... ¡Pero ellos tienen un cielo estrellado y rutilante! Nosotros tenemos una casa muy grande, pero llega hasta la barda que la protege... En cambio, ¡Ellos tienen un patio que da hasta más allá de los montes! Nosotros tenemos mucho dinero, porque tú y mamá trabajan todo el día... Sin embargo, ¡Ellos tienen tiempo para convivir con su familia y viven muy felices! Ahora comprendo, papá, que yo no soy rico... ¡Gracias, por enseñarme cuán pobre soy y por mostrarme cuán rico puedo llegar a ser!

* * * * *

No cabe duda: Hay ricos tan pobres... que lo único que tienen es su dinero...

La gota de agua (Cuento)



Hacía tiempo que no llovía... la sequía "ganaba terreno"... los pastos estaban palideciendo y muriendo, poco a poco, a lo largo de las tristes hectáreas del poblado de "El guamúchil"...

Don Julio, recio y experimentado agricultor, había depositado toda su confianza en la siembra... apenas si su trabajo rendía para subsistir el año y no podía "darse el lujo" de perder su única esperanza...

Bien sabía que su esfuerzo era necesario, pero mucho más la fe en su Creador... Así que rogó, desde el fondo de su corazón, que cayera la lluvia suficiente para alimentar a sus hijos, a su esposa, a quienes esperaban su cosecha... Esperaba y esperaba... y no se cansaba de esperar...

Un buen día pasó por allí una nubecita feliz... volaba sin rumbo fijo, dejándose llevar por los vientos... Don Julio miró hacia el cielo y su confianza se "activó"...

En la nube jugaban millones y millones de gotitas de agua... seguras y alegres, sin ninguna preocupación... pero una de ellas volteó hacia la tierra, y vio los campos, y vio a Don Julio... y se puso muy triste...

Sabía que ella era una simple "gota de agua", que apenas podría humedecer un milímetro de aquellas áridas tierras, que su esfuerzo podría no surtir ningún fruto... pero se decidió, y renunciando a su seguridad, se despidió de sus compañeras y se dejó caer...

Al ver su ejemplo, las demás comprendieron que "hay que morir para dar vida", y la siguieron... y la tierra se fertilizó, y los frutos llegaron, y aquella región volvió a sonreír...

Y la gota de agua... podría tener tu nombre...

El "Chisme"... (Cuento)



En cierta ocasión, una mujer piadosa, por esa debilidad humana que tan necesario es luchar por contenerla, cayó en una falta de la cual estaba muy arrepentida, y quería "librarse" de esa carga tan insoportable sabiéndose "en pecado".

Acudió pronto al lugar reservado en su parroquia para confesarse, y una vez llegado su turno, de rodillas, dijo al sacerdote su culpa: "Padre, he levantado un falso testimonio contra una de mis amigas..."

El buen párroco, sabiendo de la gravedad del asunto, pidió a esta noble mujer que le llevara una almohada de plumas... sólo entonces podría darle la absolución. Ella, no entendió al principio por qué el Señor Cura le hacía esta petición, pero obediente se dirigió a su casa y volvió con el "requisito".

El Sacerdote le pidió que lo acompañara hasta el campanario del Templo. Una vez arriba, sacó una pequeña navaja afilada y, con cierta dureza, abrió la almohada de plumas, y la sacudió con fuerza para que las plumas se esparcieran libres con el viento...

Luego, se dirigió a la señora y le pidió: "Ahora, hija, recoge todas las plumas, las metes en esta funda, cierras la almohada y me la traes de regreso..."

"¡Padre!" - dijo la señora - "¡Lo que me pide es imposible!"

"Pues así de imposible es recoger la buena fama de aquellos que con nuestras palabras herimos, haciéndosela perdediza... Lastimamos, dañamos, provocamos malos entendidos... hacemos, en una palabra, Chisme... y éste se riega, se esparce libre con el viento..."

La mujer, comprendiendo la seriedad de su culpa, pidió perdón... y llevándose el compromiso de, en la medida de lo posible, componer su error, recibió la absolución...

* * * * *

Dice el Apóstol Santiago en su carta: *"Hijos míos, lo mismo pasa con la lengua: siendo un miembro tan pequeño, es capaz de grandes cosas... es fuego, es un mundo de maldad; se establece en medio de nuestros miembros, contamina todo el cuerpo y, atizada por los poderes del fuego eterno, hace arder el curso entero de la existencia..."* (Sant 3, 4 - 7)

¡Y cómo nos encanta hablar! ¡Con qué facilidad nos prestamos para regar chismes, sin importar demasiado si lo que sale de nuestra boca es verdad!

"Si alguno no cae en falta al hablar, ése es varón perfecto, capaz de controlarse a sí mismo..." (Sant 3, 3) Este es, para nosotros también hoy, un gran reto...

¡Falta lo principal! (Cuento)



Hace mucho tiempo, en una región rural de nuestro país, cuenta la historia que los habitantes de una noble población, durante las fiestas de Navidad, en plena efervescencia decembrina, se pusieron de acuerdo para hacer un majestuoso nacimiento, muy típico, muy mexicano...

Ni tardos, ni perezosos, todos ellos fueron a sus casas y comenzaron a traer lo que creían que era adecuado:

- Un hermoso Portal, hecho de madera de pino, fresquecito y muy bien barnizado.
- Un pesebre decente, con paja real.
- Los peregrinos, recién pintados y con finas expresiones.
- Animalitos de todo tipo, grandes y pequeños.
- Heno, musgo, arena... todo lo necesario para recrear selvas, bosques, desiertos...
- Pastores y pastoras, en las más variadas situaciones.
- Un ermitaño, leyendo las Escrituras.
- Un infierno terrorífico, con sus diablitos y toda la cosa.
- Un firmamento lleno de estrellas, y angelitos colgando con hilos transparentes.
- Un río "natural", una fuente, un pozo...

Todo era hermoso; llenaron mucho espacio, y la gente estaba muy contenta, pero... un pequeñito apuntó cuando la obra parecía terminada:

¿Y dónde está el Niñito Dios?

Entonces, los adultos, llenos de vergüenza, no supieron qué contestarle...

* * * * *

A veces nos sucede a nosotros lo mismo: Durante el tiempo del Adviento, y sobre todo en medio de las fiestas de Posadas, nos dedicados a "adornar" nuestro "Belén". Compramos mil regalos, hacemos mil detalles, engalanamos con todo tipo de luces, festones y escarchas nuestras casas... hacemos o adquirimos los manjares más exquisitos posibles (aunque no siempre sean del todo económicos)... pero nos olvidamos de lo Principal: Nos preparamos para recibir a Jesús que, como un niño indefenso, tomó nuestra condición humana y desde entonces puso su morada entre nosotros.

Ojalá que nosotros no nos olvidemos de Él...

Ingratitud... (Cuento)



Estaba allí, desde hacía bastantes años... esperaba que su hijo regresara... pero nunca llegó...

Se casó como la gran mayoría de las muchachas de su pueblo, a muy temprana edad. Su esposo, un hombre gentil y romántico, le dio todo lo que una mujer casada podía soñar: Un lugar dónde vivir, una alacena llena de víveres, un hijo que continuaría su apellido... pero un día, sin saber realmente a causa de qué, él murió...

Su vida cambió pronto... se acabaron los víveres, la casa se sentía más fría y más vacía, y ella tuvo que trabajar muy duro para sacar adelante a su hijo...

Cuando el retoño cumplió diecisiete años simplemente "huyó"... No supo a dónde se fue, ni con quién... una tosca foto recordaba la prontitud de su partida y aumentaba la angustia de una mujer que "perdió" a su hijo en una tarde del mes de marzo...

Todos los días salía a su puerta, y miraba a los lados, esperando en vano que apareciera su hijo... De vez en cuando, preparaba la comida que a él tanto le gustaba, por si llegara hambriento y entre pláticas disfrutara de aquel plato hecho con todo su amor... Y fueron pasando los años... y nunca llegó...

La anciana se quedó allí, deshecha por la duda, quemada por el Sol, y abrumada por la idea de su hijo y su ingratitude...

* * * * *

Una madre espera, simplemente porque es madre... y sólo Dios sabe por qué las madres son así: Perdonan todo, olvidan todo, soportan todo, toleran todo...

Y no siempre en los hijos encuentran una corresponsable actitud... muchos, ingratos, se olvidan pronto de lo que sus padres hicieron por ellos, y huyen de sus progenitores sin decirles siquiera cuánto aprecian la vida que les dieron y el futuro que les indicaron con su ejemplo y con toda su existencia donada...

Es de buenos seres humanos el ser agradecidos... ¡No se puede esperar menos de un cristiano!

Las tres piedras preciosas... (Cuento)



Cuentan los cuentos que el primer árabe que se aventuró a cruzar el desierto se encontró junto a una cueva con un anciano de aspecto venerable, quien le preguntó:

- Joven, ¿a dónde vas?
- Quiero cruzar el desierto, buen hombre...

El anciano quedó pensativo un momento, y luego añadió:

- Deseas algo difícil. Para cruzar el desierto te harán falta tres cosas: Toma estas piedras. Este topacio es la fe, amarillo como las arenas del desierto; esta esmeralda es la esperanza, verde como las hojas de las palmeras; y este rubí es la caridad, rojo como el sol de poniente. Anda siempre hacia el sur y encontrarás el Oasis de Náscara, donde podrás vivir feliz. No lo olvides: Por nada pierdas ninguna de las piedras... de lo contrario, no llegarás a tu destino.

El joven se puso en camino, y recorrió primero ágilmente y conforme fue pasando el tiempo más penosamente, kilómetro tras kilómetro, a través de las dunas amarillentas del desierto, montado sobre su camello.

Un día, le asaltó una duda:

- ¿No me habrá engañado el anciano? ¿Y si no existiera el Oasis que me prometió, y el desierto no tuviera realmente fin?

Estaba resuelto a volverse, cuando notó que "algo" se le había caído sobre la arena... era el topacio. El joven se bajó del camello para cogerlo y pensó:

- No, tengo que confiar en la promesa del anciano. Seguiré mi camino...

Pasaron muchos días. El sol, el viento, el frío de la noche, y la falta de víveres le iban agotando. Sus fuerzas desfallecían y ni una palmera ni una fuente se veían por el horizonte sin fin...

Estaba decidido a dejarse morir, tumbándose del camello, cuando notó que se le había caído "algo" al suelo... era la esmeralda. El joven la recogió y se dijo:

- Tengo que ser más fuerte... tal vez, un poco más allá, esté el Oasis. Si no sigo, moriré aquí sin remedio, y todo lo que he viajado ha sido en vano. Mientras tenga un soplo de vida continuaré mi viaje.

Siguió entonces su camino, y encontró más adelante, entre unas piedrecillas, un pequeño charco de agua junto a una palmera. Ya iba a lanzarse sobre aquel diminuto "oasis" cuando vio los ojos tristes de su camello, suplicantes y tiernos, como los de un hombre pordiosero,

solicitando agua... Pensó, entonces, que debería tener piedad de su animal desfallecido... él aún podría resistir un poco más, y el camello lo había conducido hasta aquel lugar... entonces, dejó que la bestia bebiera aquellos pocos sorbos.

¡Cuál fue su asombro cuando vio que el camello caía muerto a sus pies! El agua estaba corrompida, y su animal se envenenó... En el suelo, notó el joven que brillaba su rubí, pues se le había caído, y lo recogió, dando gracias al Cielo por haber recompensado su generosidad, y evitado su muerte.

Sintió ánimos renovados y, después de un corto trayecto, alzó la mirada y vio a lo lejos unas palmeras: ¡Era el Oasis de Násara! Al llegar, encontró junto a una limpia fuente, a un anciano que le sonrió alegremente y le dijo:

- Has llegado a tu destino, puesto que has conservado las tres piedras preciosas: La fe, la esperanza y la caridad. ¡Ay de ti si hubieras perdido alguna! ¡Habrías muerto en el desierto!

El anciano, después de ofrecerle agua fresca y dátiles, se despidió de aquel joven diciéndole:

- Guarda siempre, a lo largo de tu vida, muy cerca de tu corazón, el topacio, la esmeralda y el rubí. Sólo así llegarás a cualesquiera que sean tus metas... ¡Nunca las pierdas!

* * * * *

Por más largos, penosos o inciertos que parezcan nuestros caminos, contamos con tres piedras preciosas que nuestro buen Dios ha puesto en nuestras manos: Dones inmerecidos que podemos conservar y utilizar durante nuestra vida, o desperdiciarlos inútilmente en el camino...

Llegar a la Salvación es nuestra meta... y no estamos solos...

Dios hace milagros... (Cuento)

*"Lo más increíble de los milagros es...
¡Que ocurren!"*

(Gilbert Keith Chesterton)



Cuentan que el matemático, físico, filósofo y teólogo francés Blas Pascal quedó de verse con un amigo en la cima de una montaña...

Llegó muy puntual, según la hora acordada, pero su amigo "brillaba por su ausencia".

Minuto tras minuto estuvo allí, hasta que comenzó a desesperarse, porque su amigo no pasaba por ser un hombre irresponsable e impuntual. Temiendo algún percance, se aferró a su cabalgadura, y continuó esperando.

Después de tiempo considerable, llegó su amigo, todo polvoriento, sudando, respirando muy apresuradamente y con la ropa deshecha... Entonces, le dijo a Pascal:

"Amigo... ¡No sabes el milagro tan grande que Dios acaba de realizar conmigo! Venía yo, puntualmente, a nuestra cita, subiendo esta montaña, cuando de pronto mi caballo, el mismo que ahora ves, tropezó en un rescoldo del camino y poco faltó para que ambos cayéramos al precipicio... Por gracia divina pude aferrarme a una raíz, y con mucho esfuerzo logré salvarme y salvar a mi animal".

Pascal quedó un momento breve en silencio, y con voz muy queda, evidenciando sus pensamientos, dijo:

"¡Y qué milagro más grande me hizo Dios a mí... ni siquiera caí de mi caballo...!"

* * * *

Los milagros son obras de poder con las que Dios nos socorre constantemente. Estos actos cumplen un doble fin: Provocar la admiración y avivar la fe.

Siempre esperamos que los milagros sean portentosos, extravagantes, poco comunes... y por tal motivo "nos perdemos" la oportunidad de presenciarlos más a menudo.

Cuando Jesús hacía sus milagros, no todos los hombres comprendían el poder y la mano de Dios, allí, presente entre ellos, y actuando a su favor... Es cierto, algunos se maravillaban, glorificaban a Dios y creían en Él... pero otros, indignados, se ponían de acuerdo para acusarlo y llevarlo a suplicio.

Dios sigue haciendo milagros, sólo que no siempre nos damos cuenta de ello:

- ¿No es un milagro, acaso, tener vida, salud, un lugar donde descansar, familia, amigos... trabajo?
- ¿No es un milagro poder ver, andar, o reír?
- ¿No es un milagro tener a alguien que nos escuche, nos ame y nos ayude a vivir?

Quien en estas cosas no ve una acción de poder, dificultosamente podrá admirarse y creer en Dios...

Un mismo evento podrá hacer que un creyente se admire y glorifique a Dios, pero para el que no tiene fe... cualquier respuesta le parecerá adecuada a sus interrogantes cotidianas...

El pedagogo... (Cuento)



En la Grecia antigua, era una costumbre de las familias "de alcurnia" contar con uno o más esclavos...

Algunos de ellos destacaban: Por su trabajo, su habilidad, su astucia, o porque se ganaban la confianza de sus amos.

A aquellos que obtenían su libertad, pero no deseaban dejar la casa de sus patrones (por diversas razones), se les llamaba "libertos". A algunos de ellos se les encomendaba llevar a sus hijos a la Escuela, donde recibirían su educación. Así surgió el término "pedagogo".

Etimológicamente, proviene de dos palabras griegas: "Paidos" (niño), y "ago" (llevar). Así, pues, el pedagogo "conducía a los niños" donde sus maestros. Ellos volvían a sus labores, y dejaban a los niños de sus patrones aprendiendo...

* * * *

Todo catequista debe ser un "pedagogo".

Y es que a ninguno de nosotros se nos encomienda la "educación" de nuestros catequizandos. Nosotros sólo los "conducimos", de la mano, hasta que cada uno de ellos llegue donde el Maestro...

Es importante que, una vez cumplida nuestra labor, sepamos "desaparecer". Dejar a nuestros catequizandos para que aprendan, de labios del Maestro, de viva voz de Jesús, la enseñanza de su vida...

¡Somos Pedagogos! ¡Gocemos con ello!

Superar las dificultades... (Cuento)



Don Enrique quería mucho a su caballo. Diariamente le gustaba montarlo, y había designado a uno de sus trabajadores de más confianza para que lo tuviera siempre listo, y le prodigara el alimento y los cuidados necesarios para que aquel animal viviera tranquilamente.

Por aquellas cosas que uno no sabe explicar y que simplemente "pasan", el caballo de Don Enrique cayó a un pozo profundo, donde se pensaba construir una cisterna que proveyera del líquido vital al rancho de aquel buen señor...

Hicieron muchos esfuerzos para sacar al animal, pero todo parecía empeorar la situación. El caballo sufría, y a Don Enrique se le partía el corazón...

No viendo otra solución, y tratando de "aminorar el dolor" del animal, Don Enrique mandó a su trabajador que echara tierra sobre el caballo, sacrificándolo.

Sin embargo, el animal, al sentir la tierra sobre su cuerpo, con grandes esfuerzos podía sacudírsela un poco, la tierra caía y éste, poco a poco, pero constantemente, trataba de salir de aquel atorón.

Don Enrique se llenó de esperanza. A mayor cantidad de tierra, mayores esfuerzos, y mejores resultados. Así estuvieron hasta que, exhausto pero notablemente contento, el caballo salió, demostrando que se pueden superar las dificultades...

* * * *

A todos nos "lueven problemas". Todos nosotros, en más de alguna ocasión, nos hemos sentido caídos en un pozo profundo, y aunando a nuestra "lamentable situación", vemos cómo nos llegan más y más "tierritas"...

La elección es nuestra: Podemos dejarnos ahogar por los problemas... o sacudírnoslos y dejar que, con gran esfuerzo, nos ayuden a salir adelante y superar cualquier dificultad.

Delante del Sagrario... (Cuento)



En una ocasión, el Párroco de una Comunidad rural se percató de que una señora, ya entrada en años, acudía todos los días, en el mismo horario, y por espacio de 3 horas consecutivas, a orar delante del Sagrario.

El Párroco sintió (¡cosas de la debilidad humana!), el deseo insano de gastarle una "broma" a la respetable señora... se acercó a ella y, con tono un tanto burlesco, le dijo:

"Pero abuela... ¿Qué hace usted todo este tiempo delante del Sagrario? ¿No tiene algo mejor qué hacer? ¿Son tantos sus pecados? ¿Qué le dice al Señor en esas diarias tres horas?"

La señora, con un gesto amable, y con palabras dulces, respondió:

"Padre... yo sólo vengo a pedir por usted..."

* * * *

¿Cuántas veces nos ha sucedido a nosotros algo parecido?

Por dejarnos llevar de mil pasiones pretendemos humillar a la gente sencilla y, somos nosotros mismos los que terminamos humillados... listos para la conversión...

¡Delante del Sagrario se aprenden tantas cosas!

¿Qué importancia tiene ser "cristiano católico"? (Cuento)



En una ocasión, un sacerdote fue convocado a una reunión de pastores de diversas denominaciones religiosas para exponer las creencias de los cristianos católicos.

El sacerdote echó mano de todos los recursos que le parecían adecuados para brindar una catequesis especial, aprovechando la oportunidad que le brindaban, así que hizo un acopio de sencillos símbolos y acudió puntual a la cita.

Cuando llegó su turno, solicitó que le trajeran por favor una mesa y, pidiendo en silencio la asistencia del Espíritu Santo, se dispuso a comenzar:

"Quiero - dijo - compartir mi ponencia, iluminándola con una sencilla catequesis que he titulado *"Riqueza de los católicos, y pobreza de algunas sectas"*, espero que, lejos de ofender a cualquiera de los aquí presentes, mi exposición les resulte iluminadora".

Entonces, a modo de pregunta, continuó:

"¿Qué nos ofrece la Iglesia Católica para alcanzar la salvación?"

1. La Sagrada Escritura (y colocó la Biblia sobre la mesa).

73 libros, divididos en 2 grandes partes: Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. Nosotros creemos que la Biblia es la Palabra de Dios, comunicación de Dios a los hombres, para que podamos conocer su voluntad y todo aquello que necesitamos cumplir para alcanzar la vida eterna.

2. Jesucristo (y colocó un crucifijo sobre la mesa).

Verdadero Dios y verdadero hombre; la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; quien nos ha manifestado los designios del Padre y nos ha enviado al Espíritu Santo. Es el Redentor de la humanidad, nuestro Mesías, nuestro Señor.

3. María (y colocó una imagen de la Santísima Virgen sobre la mesa).

Virgen antes, en, y después del parto. Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo. Corredentora y Madre nuestra.

4. Bautismo (y colocó una pequeña conchita sobre la mesa).

Con este Sacramento quedamos incorporados a la Iglesia como miembros de Cristo: Sacerdotes de Cristo; de Cristo, profetas; y de Cristo, reyes.

5. Confirmación (y colocó una paloma de adorno sobre la mesa).

Con este Sacramento el Señor nos da la gracia de recibir la plenitud de su Espíritu Santo, confirmando nuestra fe, y nos otorga la fuerza necesaria para ser auténticos "soldados de Cristo".

6. Reconciliación (y colocó una estola morada sobre la mesa).

Con este Sacramento, los fieles penitentes acuden donde el sacerdote solicitando el perdón de Dios confesando sus pecados. Él se los concede en nombre de Cristo y de la Iglesia, y así se recibe la gracia para seguir luchando contra el pecado y permaneciendo en amistad con Dios.

7. Eucaristía (y colocó pan y vino sobre la mesa).

Con este Sacramento, Cristo nos da como alimento su Cuerpo y como bebida su Sangre. En los dones del Pan y del Vino consagrados, Jesús mismo se queda como banquete, y presente en nuestros altares nos da la oportunidad de recibirlo y de adorarlo reverentemente.

8. Unción de los enfermos (y colocó una pequeña ánfora de aceite sobre la mesa).

Con este Sacramento, el sacerdote en nombre de Cristo y de la Iglesia unge a los enfermos con un aceite consagrado. Creemos que Dios puede conceder al enfermo no sólo la salud de su alma, preparándolo si es el caso para bien morir, sino también la salud de su cuerpo.

9. Orden Sacerdotal (y les dijo que, por favor, pensarán que él mismo se subía a la mesa - risas entre los asistentes -).

Con este Sacramento, nosotros creemos que el Señor escoge a algunos de sus fieles para desempeñar un ministerio particular: Hombres, sacados de entre los hombres, para servir a los hombres en lo que respecta a Dios.

10. Matrimonio (y colocó sobre la mesa un anillo).

Con este Sacramento, un hombre y una mujer unen sus vidas con doble fin: Perfección mutua de los cónyuges y procreación de los hijos, disponiéndose a educarlos responsablemente.

11. Magisterio de la Iglesia (y colocó sobre la mesa el Catecismo de la Iglesia Católica).

También creemos que la Iglesia, en su labor de Madre y Maestra, nos va explicitando a través de encíclicas, catecismos, y mensajes particulares, la fe que profesamos. Entendemos que la Biblia y la Tradición son, pues, los dos pilares fundamentales de nuestra religiosidad.

12. Religiosidad popular (y colocó sobre la mesa un rosario).

Creemos, también, que los fieles expresamos popularmente la fe a través de rosarios, jaculatorias, procesiones, etc."

Llena ya la mesa, el sacerdote estaba realmente emocionado, y continuó, preguntando:

"¿Y qué es lo que nos ofrecen algunas sectas?" Y en orden inverso, fue retirando cosa por cosa...

"¿Aceptan la "religiosidad popular"? ¿Rezan el rosario? ¿Acuden a procesiones religiosas? No".

Entonces, retiró el rosario de la mesa.

"¿Aceptan el Magisterio de la Iglesia? ¿Creen en lo que enseña el Papa o los Obispos con el fin de pastorear a la Iglesia? No".

Entonces, retiró el Catecismo de la Iglesia Católica de la mesa.

"¿Aceptan el matrimonio como sacramento? ¿Son todos fieles a una sola pareja y ven en esta unión una oportunidad maravillosa para complementarse mutuamente y educar a sus hijos según la fe de Cristo y de la Iglesia? No".

Entonces, retiró el anillo de la mesa.

"¿Aceptan el sacramento del Orden? ¿Creen que el Señor ha escogido a algunos hombres para dedicarse de lleno a la labor de pastorear las ovejas que se les encomienden según el ejemplo de Cristo, Buen Pastor? No".

Entonces, les dijo que imaginaran que él se bajaba de la mesa - risas, nuevamente, entre los participantes - .

"¿Aceptan el Sacramento de la Eucaristía? ¿Creen que Cristo mismo se ha querido quedar en las especies consagradas como Pan de vida eterna y Cáliz de eterna salvación? No".

Entonces, retiró el pan y el vino de la mesa.

"¿Aceptan el Sacramento de la Reconciliación? ¿Confiesan sus pecados al sacerdote, esperando el perdón de parte de Dios y a nombre de la Iglesia? No".

Entonces, retiró la estola morada de la mesa.

"¿Aceptan el Sacramento de la Confirmación? ¿Creen que en este Sacramento se recibe la plenitud del Espíritu para dar testimonio efectivo de la fe que se profesa? No".

Entonces, retiró la paloma de adorno de la mesa.

"¿Aceptan el Bautismo como un Sacramento que nos incorpora a Cristo y a la Iglesia? No".

Entonces, retiró la pequeña conchita de la mesa.

"¿Aceptan a la Santísima Virgen María? ¿Creen que es la Madre de Dios, y nuestra Madre,

nuestra Abogada, nuestra Corredentora, asociada por los méritos de Cristo a la obra de nuestra salvación? No".

Entonces, retiró la imagen de la Santísima Virgen de la mesa.

"¿Aceptan a Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre? ¿Creen que Él, muriendo, nos dio la vida? ¿Lo aceptan como su Señor? No".

Entonces, retiró el crucifijo de la mesa.

"¿Aceptan la Sagrada Escritura? ¿Creen que en ella encontramos la Palabra de Dios?" - "¡Sí!" Respondieron casi a una sola voz todos los participantes de aquella catequesis. Entonces, el padre continuó: "Tienen razón, la aceptan, pero no completa. Les hacen falta siete libros que la tradición cristiana aceptó como canónicos y que otros, siguiendo el canon antiguo, rechazaron. Estos son los libros Deuterocanónicos (porque entraron a la regla que marca qué libros sí pueden considerarse como inspirados en una "segunda oportunidad", porque se dudó de ellos, en algún tiempo, en algunas comunidades):

- Eclesiástico.
- 1 de Macabeos.
- 2 de Macabeos.
- Judit.
- Tobías.
- Sabiduría.
- Baruc.

Entonces, cuentan con una Biblia "mochita", porque les faltan estos libros, donde también encontramos la Palabra de Dios.

Esta es la riqueza que nos ofrece la Iglesia Católica y ésta, la pobreza que algunas sectas nos aportan".

* * * *

Hubo efusivos aplausos para el sacerdote, muchos le daban crédito y su catequesis había resultado todo un éxito.

Entonces, desde el fondo del auditorio, un pastor levantó su mano y pidió que se le concediera hacer una observación. Por supuesto que se lo concedieron, y dirigiéndose al sacerdote, le dijo estas palabras:

"Padre, su catequesis fue impresionante. Todos hemos visto la riqueza tan hermosa con la que los católicos cuentan para salvarse. Imagino que todos estos recursos pueden percibirse como un carro, último modelo, con el cual pueden, a toda velocidad, aventurarse en el camino de la salvación. Y pienso que nosotros, con nuestra "Biblia mochita", vamos caminando como con muletas rumbo a la salvación.

Padre... estamos caminando... lento... pero allá vamos...

Percibo también, y me llena de tristeza, que muchos católicos teniendo este carro flamantísimo, no lo aprovechen. Muchos católicos no se suben a su carro, ni viajan a la salvación..."

Hubo un espacio de silencio, donde la reflexión dejó lugar a la vergüenza. El sacerdote asintió, y concluyó: "Hermano, tiene razón".

¿Qué vamos a hacer nosotros?
¿Vamos a aprovechar los recursos que la Iglesia Católica nos ofrece?
¿Vamos a desperdiciar esta maravillosa oportunidad?

Cómo combatir la Avaricia... (Cuento)



En una buena ocasión, una mujer acudió con el sacerdote de su parroquia a solicitarle un favor: "Padre - le dijo -, soy una persona "avara", quisiera quitarme este vicio..."

El sacerdote pensó un momento, y después le dijo a aquella mujer: "Acompáñeme a la sacristía".

La mujer lo siguió. Una vez allí, el padre la colocó delante de una ventana, y le preguntó: "¿Qué es lo que ve usted?" La mujer respondió: "Veo a la gente..." - "¡Muy bien!" Contestó el padre, quien la colocó entonces delante de un espejo y le volvió a preguntar: "Y ahora, ¿qué es lo que ve usted?" La mujer le dijo: "Me veo a mí misma". "¡Eso! - continuó el sacerdote - Eso es lo que se ve cuando uno tiene ante sí un poco de plata (la única diferencia que hay entre un vidrio y un espejo: un poco de plata). Quiere usted combatir la Avaricia, comience a apartarse de la plata, así podrá verse no sólo a sí misma, sino a todos los demás, y velar por sus intereses también..."

* * * *

¿Cuántos de nosotros aún permanecemos estancados en esa inclinación, o en ese deseo desordenado de bienes, placeres o pasiones?

Viéndonos constantemente en esos "espejos", impedidos en percibir a alguien más que no sea nuestro propio reflejo, nos perdemos la oportunidad de mirar a los demás y de solidarizarnos con aquellos que nos necesitan...

Hoy es una buena oportunidad... ¡Comencemos a combatir la Avaricia!

Las cuatro esposas del Rey... (Cuento)



Había una vez, en un lejano país, un rey que vivía muy feliz con sus cuatro esposas...

Amaba mucho a su primera esposa. Ella era la mujer a la que más atenciones le brindaba: Ropa, calzado, cosméticos, joyas... todo cuanto quería.

Amaba mucho, también, a su segunda esposa. Ella era una mujer muy hermosa. A él le encantaba "presumirla" por todos los reinos vecinos. Todos lo halagaban por la belleza de su segunda mujer. Sin embargo, él sentía que... algún día... ella se le iría con otro...

Amaba también a su tercera esposa. Ella era considerada "su confidente". Todo cuanto le acontecía a él, o en el palacio, sabía que podía contárselo. Ella siempre tenía tiempo para atenderlo, escucharlo, y brindarle su apoyo.

¿Y la cuarta esposa? Sí, la quería... una vez a la semana le regalaba un paseíto, una vez al año unas vacaciones, pero aunque ella lo amaba profundamente, él apenas se fijaba en ella...

Un día le detectaron al rey una enfermedad que, irremediablemente, lo iba a conducir a la muerte... el monarca, queriendo compendiar su vida, tratando de saber con quién contaba en esos momentos tan difíciles, mandó llamar a la primera de sus esposas, y le dijo:

"Tú eres la mujer a la que yo más atendía: Ropa, calzado, cosméticos, joyas... todo cuanto querías te entregaba. Quisiera saber si ahora, que me encuentro mortalmente enfermo, tú serías capaz de acompañarme y correr con la suerte que yo debo correr..."

Ella le contestó una sola palabra, palabra que le dolió mucho al rey:

"No".

Entonces, el monarca llamó a la segunda de sus esposas, y le dijo:

"Tú eres una mujer muy hermosa. A mí me encantaba "presumirte" por todos los reinos vecinos. Quisiera saber si ahora, que me encuentro mortalmente enfermo, tú serías capaz de acompañarme y correr con la suerte que yo debo correr..."

Ella, con cierto desaire, le contestó:

"Ni lo pienses, como bien sabes la vida es muy bella, y cuando tú te mueras, yo me voy a volver a casar..."

Esas palabras las sintió mucho el rey.

Entonces, mandó llamar a la tercera de sus esposas. Le dijo:

"Tú eras mi confidente. Todo cuanto me ocurría, todo cuanto en palacio acontecía, yo sabía que te lo podía contar. Quisiera saber si ahora, que me encuentro mortalmente enfermo, tú serías capaz de acompañarme y correr con la suerte que yo debo correr..."

A lo que la tercera esposa contestó:

"Mi rey, lamento decirte que en esto no te puedo ayudar. Lo más que puedo hacer por ti es llevarte a enterrar..."

El rey sintió que lo partía un rayo... cuando alcanzó a escuchar una vocecita apagada, de una mujer mal comida, mal vestida, mal tratada... la cuarta de sus esposas:

"Iré contigo a donde quiera que vayas..."

Y el rey, todo apesadumbrado, volteó a verla y tristemente exclamó:

"Y, ¿por qué yo no te atendí cuando pude?"

* * * *

La verdad, es que todos nosotros intentamos vivir nuestra vida muy felices, con nuestras cuatro esposas:

La primera de nuestras esposas, ésa a la que todo le damos: Ropa, calzado, cosméticos, joyas... es nuestro cuerpo. Simplemente esto no nos va a acompañar cuando nos muramos.

La segunda de nuestras esposas, ésa que nos encanta presumirle a todo el mundo, porque resulta una mujer muy "hermosa", son nuestros bienes materiales... el dinero. No nos engañemos, cuando nos muramos, todo lo que tengamos irá a parar en manos de otro...

La tercera de nuestras esposas, éstos a quienes consideramos "nuestros confidentes", son nuestros familiares y amigos. Cuando nos muramos... ¿qué más pueden hacer por nosotros, sino acompañarnos en un funeral?

Y la cuarta de nuestras esposas, ésa a la que poco atendemos, a quien dedicamos una vez por semana una misa dominical, y una vez al año unos ejercicios por la cuaresma, es nuestra alma... la única que nos acompañará a donde quiera que vayamos...

Ojalá que nosotros, al ocaso de nuestra vida, no volteemos a verla, como aquel rey, y le digamos entristecidos:

"¿Por qué yo no te atendí cuando pude?"

La Princesa a la que nadie podía hacer callar... (Cuento)



Había una vez, en un lejano país, un rey que trataba de vivir muy contento en su palacio, pero tenía un pequeño problemita: Su hija. Nadie la podía hacer callar. Todo el día se la pasaba hablo y hablo y hablo... El rey, molesto por su actitud, mandó publicar un edicto en todo su reino, invitando a los jóvenes a intentar hacer callar a la princesa. Para motivarlos, les prometía dos cosas: Primero, la oportunidad de casarse con ella. Segundo, la oportunidad de heredar el reino. Sí que sonaba apetitosa la oferta, así que muchos jóvenes intentaron, pero sin éxito, hacer callar a la princesa. El rey, ahora no ya molesto por su hija, la "parlanchina", sino por la cantidad de jóvenes que en palacio inútilmente intentaban callar a la princesa, les impuso un castigo: "Si fallan en su intento, a los jóvenes se les perforarán las orejas con un hierro candente". Como era de esperarse, la cantidad de jóvenes se redujo, hasta que palacio quedó prácticamente vacío.

Vivía también en aquella región un pobre leñador, quien tenía tres hijos: El mayor de ellos, era el más fuerte; el de en medio, el más guapo, el de mejor presencia; y el pequeño, el más inteligente. Quería mucho a sus hijos, pero sabía también que la situación económica en casa estaba mal, así que los invitó a probar suerte intentando hacer callar a la princesa. Sólo les pidió un grandísimo favor: Si alguno de ellos lograba callar a la princesa, se acordara de sus hermanos y los librara del castigo impuesto. Pues bien, cada uno de sus hijos, con lo que supieran hacer, deberían probar suerte. El mayor de ellos se puso a levantar árboles, a tumbar bardas... ¡era lo que sabía hacer!; el de en medio se dedicó horas y horas delante del espejo, tratando de arreglar "la facha"... quizás podría conquistar a la princesa; y el hermano menor se dedicó a vivir su vida, a tratar de retomar lo que la vida le presentaba para dar gloria a Dios.

Ya de camino, cada uno de los hermanos, ensimismados, se preguntaba cómo hacer callar a la princesa, cuando de pronto, el hermano menor se encontró tirado en el suelo un *pajarito muerto*. Lo levantó y les dijo a sus hermanos: "Me he encontrado un pajarito muerto". "¿Y para qué quieres un pajarito muerto?" - le preguntaron sus hermanos -. "No lo sé, no tengo nada mejor que hacer, quizás después me sirva". Abrió, entonces, su morral, y metió allí el pajarito muerto.

Siguieron caminando, y se encontró un *pedazo de alambre oxidado*. Lo levantó y les dijo a sus hermanos: "Miren, me he encontrado un pedazo de alambre oxidado". "¿Y para qué quieres eso? ¿Te has convertido, acaso, en un pepenador?" Y contestó el hermano menor: "No, pero no tengo nada mejor que hacer, quizás después me sirva". Abrió su morral, y metió el pedazo de alambre oxidado.

Más tarde, se encontró un *plato roto*. Lo levantó y exclamó: "Un plato roto". "¿Y para qué quieres un plato roto?" - le preguntaron -. "No lo sé, no tengo nada mejor que hacer, quizás después me sirva". Abrió su morral, y metió el plato roto.

Luego, allí, a la vera del camino, se encontró un animal despedazado por las fieras, donde quedaban sólo sus huesos. Recogió *un cuerno* y les dijo a sus hermanos: "Miren, me he encontrado un cuerno". "¡Hasta coleccionista de huesos nos resultó el hombre! ¿Para qué quieres un cuerno?" "No lo sé - dijo - quizás después me sirva", abrió su morral y metió el cuerno...

Como era de esperarse, allí estaba el *otro cuerno*. Lo levantó y... ¡Ya lo sabemos! Abrió su morral y metió el otro cuerno.

Finalmente, se encontró *una trenza*. Sabrá Dios quién dejó por allí sus cabellos. La levantó y les dijo a sus hermanos: "Me he encontrado una trenza". Sus hermanos, algo desilusionados, le dijeron: "¿Y para qué quieres una trenza?" "No lo sé, no tengo nada mejor que hacer, quizás después me sirva". Abrió su morral, y metió la trenza.

Llegaron a palacio... vacío. Solicitaron una audiencia con el rey... se las concedieron. En breves palabras le expresaron al monarca que querían probar hacer callar a la princesa. Él les dijo que estaba bien, pero que se acordaran de un castigo que estaba reservado para quienes no lo consiguieran. Ellos aprobaron el reto, y todo se dispuso para que los hermanos lo intentaran.

Entró primero el hermano mayor, el más fuerte. Haciendo alarde de su hombría, queriendo deslumbrarla, le dijo con la voz más varonil que tenía: "Pues bien, princesa, yo vengo aquí para hacerte callar". "¿Ah, sí? - le dijo la princesa - ¿Ya viste el hierro que está allí, candente, en las brasas, para que aquel que no lo consiga se le perforen sus orejas?" Entonces, el hermano mayor ya no supo qué decir, ni qué hacer. Lo tomaron preso los guardias, y si ninguno de sus hermanos lo conseguía, a los tres se les perforarían sus orejas.

Entró entonces el hermano de en medio, el más guapo. Queriendo conquistar a la princesa, con la voz más melosa que tenía, le dijo: "Pues bien, princesa, yo vengo aquí para hacerte callar". ¿Ah, sí? - le dijo la princesa - ¿Ya viste el hierro que está allí, candente, en las brasas, para que aquel que no lo consiga se le perforen sus orejas?" Entonces, ya no supo qué decir, ni qué hacer. Lo tomaron preso los guardias, y si su hermano menor no lo conseguía, a los tres se les perforarían sus orejas.

Finalmente, entró el hermano menor, el más inteligente, el que se dedicó a vivir su vida y a tratar de tomar lo que ella le presentaba. Con toda naturalidad le dijo a la princesa: "Pues bien, princesa, yo vengo aquí para hacerte callar". ¿Ah, sí? - le dijo la princesa - ¿Ya viste el hierro que está allí, candente, en las brasas...?" Y no la dejó terminar. Le dijo: "¡Qué bien! Así podré asar el pajarito muerto que aquí traigo". La princesa no entendía la intervención del hermano menor, pero siguió la plática: "¿Pero cómo vas a asar un pajarito aquí? Te vas a quemar tus manos" "No, princesa - dijo el hermano menor - , para eso traigo este pedazo de alambre, está oxidado, pero me ayudará a cocinar el pajarito a distancia, sin herirme". "¡Pero vas a hacer un tiradero! ¡Vas a dejar en palacio un atascadero!" "No, princesa - continuó - , para eso traigo este plato roto, contendrá la grasa evitando cualquier suciedad". "¡Veo que tus palabras son "agudas"!" "No, princesa, más agudo es este cuerno" "Nunca he visto cosa igual" "Yo sí, traigo aquí el par" "¿Qué? ¿Has venido hasta aquí para tomarme el pelo?" Y concluyó: "Princesa, ¿para qué voy a tomarte el pelo, si yo ya traigo aquí una trenza?"

La princesa se quedó muda de coraje. El hermano menor lo había conseguido. Y cuando tuvo la oportunidad de casarse con la princesa y heredar el reino, recordó las palabras de su anciano padre, y lo primero que hizo fue evitar que sus hermanos sufrieran aquel castigo...

* * * *

Muchas veces se nos presentan por la vida muchas y variadas cosas, y la gran mayoría de ellas nos parecen "basura"... Tengamos por cierto que, lo que ahora aparentemente no nos sirve, nos servirá sin duda, después.

Mucha gente vive sin ilusiones, triste, deprimida, porque les falta una sonrisa, un apretón de manos, una palmadita en la espalda que los motive a vivir... ¡Evangelización!

Que Dios, nuestro Señor, nos conceda poder, con todo el bagaje de conocimientos y experiencias que nos va brindando la vida, heredar el reino. Así, que podamos también liberar a nuestros hermanos de cualquier atadura que los mantenga tristes, porque... ¡Hemos conseguido nuestro meta!